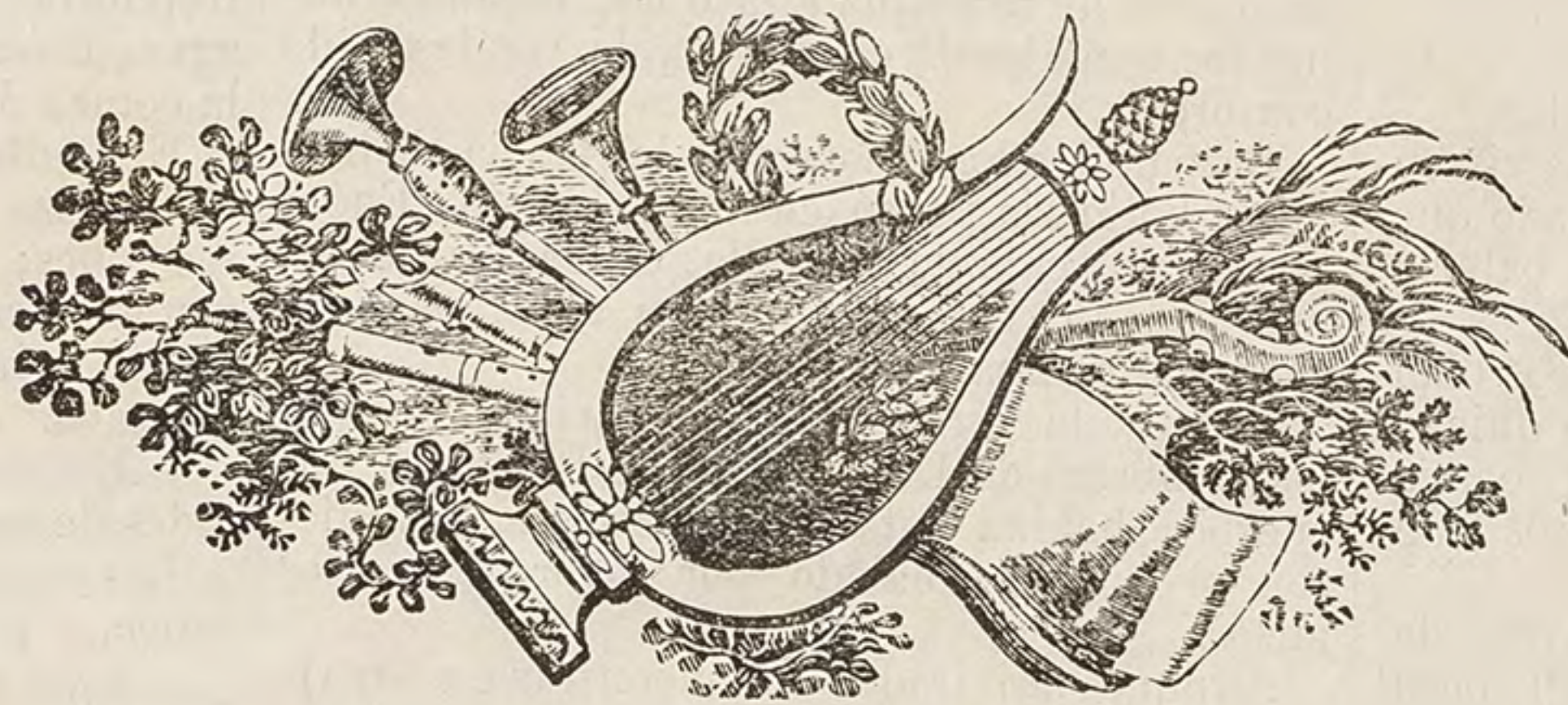


LA ALBORADA
SEMENARIO
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 1º de Mayo de 1873.

Núm. 29.

SUMARIO.

2 de Mayo—Impresiones del 2 de Mayo por la Señora Juana Manuela Gorriti—Al vencedor del Callao el 2 de Mayo de 1866 poesia, por J. C. Ulloa—Fastos Literarios, por Acisclo Villarán—2 de Mayo, poesia por José Toribio Mansilla—La vieja verde por Ruy Blas—Rehabilitacion de la hormiga, poesia por Carlos Augusto Salaverry—Un Libro, poesia por Abel de la E. Delgado—2 de Mayo, poesia por Acisclo Villarán—Contestacion, poesia y Mosaico por la señorita Adriana Buendia—La Partida por Luis del Lago—Soluciones—

2 DE MAYO.

EN esta fecha de gloriosa recordacion para el pueblo peruano, quedó definitivamente afianzada su heroica independencia y cumple á "LA ALBORADA" saludar el fausto dia de los triunfos de la Patria con el entusiasta júbilo con que late todo corazon verdaderamente peruano.

IMPRESIONES DEL 2 DE MAYO.

ERA el 27 de Abril, uno de los últimos de la temporada de Chorrillos. Nunca la villa de los palacios habia tenido tantos huéspedes: nunca su delicioso baño estuvo tan concurrido.

Felices y desgraciados, todos gozan en ese lugar bendito, á donde nos lleva siempre una esperanza: esperanza de dicha, esperanza de alivio; pero siempre la esperanza, esa única felicidad verdadera.

La vida que se tiene en Chorrillos es fantástica como un cuento de hadas. El individuo se centuplica, porque está á la vez en todas partes: en el malecon, en el baño, en la plaza, en el hotel, en el templo.—Se caza, se pezca, se organizan brillantes partidas de campo en los oasis del contorno. Las niñas cantan, bailan, rien, triscan; las madres se extasian con esos cantos, con esas danzas, esos juegos, esas risas: miéntas que sentadas en cuarto al rededor de una mesa, se entregan á las variadas combinaciones del rocambor.

Yo misma, con una mortal, amenaza suspendida sobre el corazon y agonizando en el alma la esperanza, tenia ese dia las cartas en la mano y decia:—*Juego!*

—*Mas!*

—*Bien!*

—*Solo de espadas; esplendente, imperdible!*

Un momento—dijo de pronto el cesante asentando la *baceta*—que esta mano sea un oráculo. La escuadra española se aproxima; va á atacarnos. ¿De quién será la victoria? España! Chile! Perú!—dijo señalándonos al jugador, á mi compañero y á mi.

Roba tú—me dijo éste, en vez del *van sacramental*;—yo tengo miedo á las espadas.

—Yo las amo. Son las armas de mi familia.

... Pero ay! aquellos que las llevan han caido todos, unos por la mano de Dios, otros por la de los hombres!

Y robé!

Robé la *espada*, dos *chicos*, y tres *caballos*, con los que dí al esplendente *solo*, un esplendente *codillo*.

—Viva el Perú!—clamamos todos los gananciosos.

El del *solo*, aunque peruano y ardiente patriota, guardó silencio. Tan cierto es que el amor propio se siente sobre todos los amores.

En ese momento sonó á lo léjos la detonacion de un cañonazo, repetido tres veces por el éco de los cerros.

—Ese cañon no es ni del castillo ni de la bahia: es de afuera—dijo el derrotado jugador, que como viejo marino entendia de ello.

Y añadió levantándose y tomando su sombrero:—señores, órdenes para el Callao.

La escuadra española ha llegado.

En efecto, pocos instantes despues, dos, diez, veinte personas vinieron á darnos el mismo aviso que acababa de traer un tren extraordinario.

Imposible seria escribir el mágico efecto que produjo esta noticia, cayendo de repente sobre aquel nido de molicie. Dos horas despues, los hombres, jóvenes, viejos y niños, habian desaparecido y se hallaban en el Callao, pidiendo sitio en las baterias. Las madres desoladas, corrian en pos de sus hijos, para abrazarlos todavia antes del combate y las niñas, palpitantes á la vez de zozobra y de entusiasmo, se apresuraban á llegar á Lima, ansiosas de ver á sus novios con el brillante uniforme de bomberos.

En fin, al anochecer de ese dia, Chorrillos estaba solitario, y por sus calles desiertas vagaban solo cuadrillas de perros, disputándose los restos de los interrumpidos festines.

Lima era ahora el foco de una inmensa agitacion.

En los colegios y en los conventos se limpiaban y forjaban armas; los salones se habian convertido en boticas, donde las manos mas bellas preparaban hilas y remedios, mientras otras formaban cucardas para los combatientes.

El Ministerio de la guerra estaba sitiado por una multitud de individuos que solicitaban boletos de pasaje para las baterias del Callao;

y los trenes que partían cada media hora, no bastaban á la muchedumbre de voluntarios, que se precipitaban apiñándose en los wagones.

Entre ellos presentóse un anciano, llevando consigo una hoja de servicios que acreditaba una edad de 108 años y su presencia y cooperación en las principales batallas de la independencia.

El coronel Espinosa escribió de su puño esa boleta, recomendando en ella al benemérito soldado con expresiones propias de aquel entusiasta y noble corazón.

Entre tanto, el plazo señalado en la intimación de Mendez Nuñez tocó á su término, y el anhelado 1.º de Mayo envió su luz.

El alba encontró á Lima entero de pié y rebulléndose en todos sentidos.

Unos se dirigían á las alturas, otros á los templos; los mas á la estación del Callao.

Yo seguía el impulso de este mar de vivientes, protegida por la *estela* de mi cuñado que, venido en comisión, regresaba á su batería. Una oleada de pueblo nos separó.

Por dicha divisé el grupo de sombreros blancos de las hermanas de caridad, con quienes debía ir al Callao; me reuní á ellas, y ocupamos solas un wagon, entre los bomberos franceses y los italianos.

Las brillantes cimbras de los unos recordaban los compañeros de Godofredo; el perfil académico de los otros á los de César.

En el momento de partir, una bella jóven se asió á la portezuela de nuestro wagon, suplicando con voz angustiada que le dieran un asiento.

Las hermanas se compadecieron de ella y la hicieron entrar. Era la esposa del capitán Salcedo (1) que mandaba un cañon en la torre de la Merced.

La pobre niña iba cargada de dulces y fiambre, para regalar á su marido, y su gracioso rostro brilló de contento al tomar asiento á nuestro lado.

En fin, la campana toca los seis tañidos de marcha. Una aclamación inmensa ahogó el silbido del pito, y el pesado equipaje se deslizó majestuosamente entre dos muros compactos de los que nos saludaban con gozo y envidia.

Y el camino huía detras de nosotros, con las casas y los huertos; y Baquíjano con su cementerio pasaron como una visión; y el Callao con su bahía, y mas allá la escuadra enemiga, nos aparecieron acercándose con pasmosa rapidez; y á su vista una prolongada aclamación partió del largo convoy.

De subito el tren queda inmóvil en frente de Bellavista.

—¿Qué sucede?

—Bajemos,—respondió con voz breve la superiora de Santa Ana.

—Pues qué ¿no vamos á servir al hospital de sangre en el Callao?

—El hospital de sangre está aquí. Sería peligroso para los heridos ser asistidos en un lugar barrido por la metralla y amenazado de incendio.

Y la buena religiosa que debía ser entendida en el asunto, pues se encontró en la toma de Sebastopol, atravesó con las otras hermanas el polvoroso médano que nos separaba de las primeras casas del pueblo.

Yo las seguí silenciosa y triste. ¿Por qué? no iba á asistir á los heridos? qué importaba que fuera en el Callao ó allí?

Ah! quizá en el fondo del alma, donde se ocultan los sentimientos que no queremos confesar ni á nosotros mismos, esperaba que una bala benéfica me librara de la horrible desgracia que veía en lontananza.

Este valiente chileno fué muerto en la explosión junto con el bravo Galvez.

Perdóneseme en gracia de que escribo mis impresiones, esta dolorosa reminiscencia del corazón, mezclada á los gloriosos hechos de ese gran día.

Tomada posesión del hospital, la superiora me destinó á ayudar á la hermana boticaria en la confección de vendas y apósitos. Arreglamos para ella un gran salón pavimentado con madera y nos entregamos á esa triste ocupación no sin dolorosas reflexiones, que la una ocultaba obedeciendo á la *regla*, la otra al largo hábito de sufrir.

No de allí á mucho llegó un gran refuerzo de colaboradoras. Las señoritas B... y Hortencia, la linda hija del malogrado artista D... se presentaron en nuestra improvisada oficina, y apoderándose de telas y ungüentos, en un momento dieron cima á la obra, dejando alineados tendales de emplastos, de vendas y de compresas.

Preparados los socorros de la ciencia, la hermana boticaria pensó en los del cielo. Fué á buscar una caja de medallas de la Virgen, y me ordenó enlazarlas, para ser repartidas entre los combatientes.

Entregada estaba á esa ocupación, cuando los bomberos de Lima, que con los otros dos cuerpos habían estado en ejercicio, invadieron el salón, señalado por error para alojarlos.

Aunque admirados de encontrar en su vivac aquella mezcla de pócimas, de monjas y seglares, no se desconcertaron por ello.—Echaron abajo sus sacos de noche, de donde en vez de sábanas comenzaron á salir pollos, jamones y toda suerte de fiambres, acompañados de ricos frascos de bohemia llenos de un italia de Palpa, mas rico todavía. Y aquellos apuestos jóvenes, la flor de Lima, se dieron á contentar su apetito de veinte años, sazonzando aquel almuerzo con entusiastas brindis, en los que revelaban el propósito, llevado á cabo por muchos: de tomar doble acción en el combate; como bomberos y soldados.

Acabado el desayuno, volvieron á pedir el sagrado talisman, que recibieron doblada la rodilla y guardando un recojimiento que contrastaba singularmente con su bulliciosa alegría.

Después de ellos llegaron muchos otros, artilleros y paisanos, al servicio de las baterías, que de paso á sus puestos, recordando las tradiciones de la cuna, querían llevar consigo esa prenda de su fé.

Entretanto, el día declinaba y la escuadra española yacía inmóvil y silenciosa, con gran impaciencia de nuestros defensores, que ansiaban el momento de enviar mortales andanadas á los incendiarios de Valparaiso.

Sin embargo, la jornada pasó en la enojosa inacción de la expectativa.

En fin, al acabar una noche que á todos pareció eterna, un rumor extraño, semejante al que haría el mar saliendo de su profunda cuenca, se dejó oír, primero lejano, confuso, zumbante, atronador.

Era un pueblo inmenso, que afluía de todas partes y se precipitaba en oleadas, llenando el espacio que media entre Bellavista y el Callao; que se apoderaba de las alturas, y enarbolando estandartes atronaba el aire con belicosas aclamaciones.

La brisa del alba, disipando los vapores de la noche, descubrió la bahía, que presentaba un espectáculo imponente.

Las naves españolas con sus flámulas y gallardetes al aire y arriba su gente, habían tomado posición delante del puerto, impasibles á los movimientos provocativos de nuestros atrevidos buquecillos.

Los buques extranjeros, abandonando su fondeadero y agrupados á distancia guarda-

ban la actitud de testigos en aquel formidable duelo.

Nubes blancas interceptaban á trechos el azul del cielo, y sus sombras débiles daban á aquel cuadro un aspecto fantástico.

Era ya la mitad del día, y la ansiedad había llegado á su colmo. Techos, paredones, huacas, todo estaba lleno de espectadores, que, en diversas actitudes, tenían la vista fija en un mismo punto. El campanario del pueblo era el mejor sitio de observación. A favor de un *larga-vista* colocado allí, se veía perfectamente todo lo que pasaba á bordo de los buques españoles.

De repente, el flanco de la *Numancia* arrojó una llamarada seguida de un trueno. La batería de Santa Rosa envió al momento igual respuesta; y una bomba de hierro, rasando el agua, fué á hundirse en su seno, rompiendo la coraza de acero que la cubría.

El combate se empeñó entonces, crudo, terrible. Las granadas se elevaban en todas direcciones; describiendo humeantes parábolas, venían á caer sobre la muchedumbre, que lejos de huir se arrojaba sobre ellas y las desarmaba.

—En nombre del cielo, señoras, bajen ustedes de esa torre—exclamaba el gobernador.—Los enemigos tienen cañones de mucho alcance, y puede llegarles una bala.

—Envíenos usted mas bien la bandera de la gobernación para hacerla flamear en esta altura y que nos miren los godos,—respondió la señorita Juana B.

Una salva de aclamaciones estalló en ese momento, ahogando el ruido del combate. ¿Qué la motivaba!

Una de las naves españolas, yacía de costado y mojaba sus mástiles en el agua. Vino otra á ocupar su lugar y el fuego continuó de una y de otra parte nutrido y mortífero.

En lo mas encarnizado del combate vióse de repente surgir un hombre pegado al asta de una bandera de las baterías, arrollada por el viento, elevarse con la agilidad de un acróbata, llegar á lo alto, dar al aire el pabellón nacional, y descender lentamente, desafiando las balas que llovían sobre él.

Habríamos dado un mundo por reconocerlo, pero el alcance del *larga-vista* no llegaba á tanto.

Sin embargo, permitíanos ver los enormes boquetes abiertos por nuestras balas en las naves enemigas, y el estrago y la consternación derramados en su gente. Cada andanada de nuestras baterías, rebotando en la superficie del agua, les llevaba la muerte, envuelta en dos elementos. Ah! sin el funesto acontecimiento que arrebató al ilustre Galvez, y con él á tantos valientes privándonos de la única batería que podía llenar este nombre, ninguno de esos fanfarrones incendiadores de ciudades inermes habría vuelto á su península para aumentar el oprobio de su derrota con los honores del triunfo.

—Señoras, los heridos llegan: es hora de ir al hospital,—gritaron de abajo muchos que anhelaban aquel puesto.

Al llegar á la primera sala, donde estaban ya acostando á los heridos, para hacerles la primera cura, sentimos una extraña detonación que hizo temblar la tierra y rompió los vidrios de algunas ventanas.

El mismo siniestro pensamiento atravesó la mente de todos; pero nadie tuvo valor de comunicarlo.

Sin embargo, muy luego palpamos la fatal evidencia; aquella hermosa batería de donde Galvez dirigía el combate, había volado, sembrando en torno los mutilados cuerpos de sus defensores. Vímoslos llegar conducidos por

el pueblo, que en esta ocasion se excedió á sí mismo en valor y abnegacion.

Cada una de nosotras temia encontrar á los suyos en aquellas formas desfiguradas por el polvo, el fuego y la sangre.

Las salas del hospital, ocupadas por los enfermos traídos el dia anterior del Callao no bastaron para recibir á los heridos, y se resolvió organizar otro en el cementerio de Baquíjano.

Allí nos enviaron con tres hermanas que instalaron á los heridos en el hospital y las viviendas de la capellania.

A pesar de nuestro ardiente deseo de hacerlo todo para aquellos desdichados, la actividad de las hermanas de caridad nos usurpaba la mayor parte de nuestra tarea con gran pesar nuestro. La bella Jacinta B., los ojos llenos de lágrimas y sus blancas manos manchadas de sangre, corria á recibir los moribundos, los reclinaba en su seno, mojaba sus labios con bebidas refrijerantes y les dirigia palabras de consuelo.

Un jinete montado en un caballo blanco, se abrió paso entre la multitud. Traía consigo dos heridos: uno en brazos, otro á la grupa.

Recostado sobre su espalda, el moribundo habia empapado en sangre los hombros, los vestidos y hasta los bigotes canos de su conductor.

Este dejó á uno en los muchos brazos que se alargaron para recibirlo; se inclinó hasta el suelo para que tomaran el otro sin causarle daño, y partió á carrera tendida, volviendo muchas veces con la misma carga.

Sin embargo, en cada uno de esos viajes atravesaba de sur á norte la línea de baterías, con los espacios desabrigados que lo separaban, barridas á cada minuto por huracanes de metralla. Pero ¿qué mucho, si ese hombre se llamaba Alvarado Ortiz?

Entre tanto las detonaciones del cañon empezaban á ser menos frecuentes, sucediendo á ellas una tempestad de aclamaciones, que se elevaba, estendiéndose desde el Callao hasta las torres de Lima, á vista de la derrotada escuadra, que, mohina, maltrecha, y acosada por los brutales adioses del *Victoria*, del *Loa* y del *Tumbes* se retiraba al fondeadero, que no debia abandonar sino para ir á ocultar su vergüenza en las lejanas aguas de Filipinas.

La noche habia oscurecido, y al gozo del triunfo comenzaban á mezclarse mortales inquietudes, los gemidos de los moribundos nos recordaron con terror los deudos y amigos que habian ido al combate, y que á esta hora se hallarian quizá tendidos en tierra, muertos ó espirando sin socorro alguno.

—Al Callao! al Callao!—clamaron muchas voces. Y una larga caravana de mujeres partió de Baquíjano.

Caminábamos, costeano la banda derecha del camino, para evitar el choque de los grupos de gente que lo llenaban, yendo y viniendo, envueltos en la sombra, corriendo, deteniéndose, llamando, interrogando y prorumpiendo en gritos de alegría ó de dolor.

—Guillermo?—exclamaba una voz.

—Mamá?

—Hijo del alma! Bendito seas. Dios mio, que me lo devuelve!

Y besos mezclados de sollozos, resonaron en las tinieblas.

—Cómo! este niño, que no tendrá aun doce años, estaba en las baterías! ¿quién tuvo la crueldad de enviarlo allí?

—Soy, por dicha, alumno del colegio militar, es decir que, aunque escalando los muros del establecimiento, me presenté al combate en corporacion.

Mas luego nos diseminamos en diferentes baterías! Yo elegí la de Chacabuco.

—Entonces ¿conoció usted al jóven Abel Galindez?

—Murió en la explosion de la torre de la Merced.

—Abel!! hermano mio!!...—Un grito terminó esta dolorosa exclamacion.

La negra silueta de un jinete que pasó á nuestro lado, fué por todas nosotras reconocida.

—Felipe!

—Felipe!

—Felipe!

—Presente! ¿Qué me quiere esta procesion de fantasmas?... Ah!... señoras mias, ¿cómo imaginar que esos delicados piés transitaban por estos andurriales?

—Noticias! noticias! noticias!

—Qué es de mi hijo? lo ha visto usted, Felipe?

—Ha combatido como un diablo en la bateria de Chacabuco. Acabo de hablar con él.

—Y mi hermano? Entre los muertos oí un nombre que es el suyo.

—Está con el general La-Cotera. Esto importa decir que ha ganado mucha gloria.

—Y mi padre, Felipe, mi padre?

—Valiente como en Ayacucho, como en Junín y cómo siempre.

—Y mi marido? por Dios, hábleme usted de mi marido!

—Ay! compadézcalo usted!...

—Dios mio! ha muerto!

—Peor que eso, amiga querida... No le fué dado tomar parte en el combate! Ah! no pueden ustedes calcular cuanto dolor encerrará para siempre esta frase: no pudo asistir al combate del 2 de Mayo.

¡Sí! porque desde el primero al último, todos los que han tenido accion en esta jornada han conquistado una gloria inmortal. ¿Van ustedes al Callao? Pues ahora verán qué fortificaciones defendian á los que hoy han alcanzado tan espléndido triunfo.

Algunos sacos de tierra fueron el único material empleado en la construccion de esas baterías que hoy han destrozado y hecho huir á una escuadra entera.

—Y usted, Felipe, ¿qué rol ha tenido en los episodios de este hermoso dia?

—El mejor que podia desear: he estado en todas partes, como ayudante, llevando órdenes á las baterías. En la de Ayacucho ví al anciano coronel Barrenechea, subido sobre un cañon, descubierto el cuerpo y hecho blanco de las balas enemigas, precisando las punterias con la agilidad y el arrojo de los veinte años.

Al pasar delante de la puerta del castillo, una bomba pasó por encima de mí, colocándose dentro, estalló sobre la cabeza del centinela, que impassible echó el arma al hombro, exclamando con voz vibrante:—*Viva el Perú.*

En ese momento una detonacion espantosa estremeció la tierra, y una columna de humo mezclada de extraños objetos se elevó en los aires. Era la torre de la Merced que desaparecia, arrebatando á los héroes que la defendian.

Cuando llegué al sitio de la catástrofe, encontré en él al coronel Espinosa. El viejo soldado de los Andes, inclinado sobre los escombros, ocupábase en recojer los carbonizados restos de las víctimas, sin cuidarse de las balas que caian en torno. Su alta estatura, su seño adusto, sus pobladas cejas, sus bigotes humeantes, y aquellos ojos de águila, le daban un aspecto sobremano imponente. ¿Halló al amigo que buscaba? Lo ignoro. La vorágine de fuego que ví elevarse en el aire fué horrible, y debió devorarlo todo.

Sin embargo, ví la mano fraternal de un compatriota desenterrar á dos valientes colom-

bianos sepultados en aquellas abrasadas ruinas.

Recordé entonces que aquella mañana ví llegar á dos heridos saludados con entusiasmo por los espectadores, que repetian los nombres de Ucros y Zubiria.

Recordé tambien que al lado de la camilla que conducia á uno de ellos, marchaba un jóven que no queria separarse de él.

Pensando y platicando así, habiamos llegado á las primeras casas del Callao.

Felipe nos dejó para tornar á Lima; y nosotras nos empeñamos en aquellas calles, que conservaban todavia el olor de la pólvora.

Llenábalas un ruido tumultuoso, que nos atemorizó.

Era el gozo del triunfo que tanto se parece al furor.

Quien nos vió aquel dia tan valientes, desafiando las bombas rellenas de metralla, no habria podido reconocernos á esa hora, silenciosas palpitantes, asidas de las manos, temblando como la hoja en el árbol.

Una de nosotras tropezó de repente con un objeto blando, pero resistente. Era un muerto!

A esa vista, la banda volvió caras y hechó á correr. Una sola prosiguió su camino y se internó en la ciudad, cruzada solo por patrullas ó pandillas de ébrios. Era aquella que iba en busca de su hijo. Amor de madre! Amor de madre! tú has de sobrevivir á las ruinas del mundo!

Llegamos á Baquíjano, muy persuadidas de que solo serviamos para barchilones, y para *comadrear* nimiedades en los divanes de un salon.

Dividímonos en dos partes: una se quedó en Baquíjano para servir á los heridos que aun quedaban en Bellavista, la otra regresó á Lima.

Las calles desde San Jacinto hasta la estacion estaban siempre, como el dia anterior llenas de pueblo, que victoreaba, ébrio de toda suerte de embriaguez. Pero entre ese pueblo estaban mezcladas las mas distinguidas señoras de Lima, llevando consigo lujosas camillas para llevarse á los heridos, cuyo cuidado se disputaban con celo fraternal y santo.

Presencí una de esas escenas que tuvo lugar en la estacion.

—Señora, voy á llevar conmigo este herido.

—Señora, eso no puede ser, pues ya lo he trasladado á esta cama.

—Si usted lo permite, en ella me lo llevaré.

—Con qué derecho?

—Soy su hermana.

—Oh! qué lástima! Vamos á buscar otro que sea solo en el mundo.

Pero, ay! vosotros que habeis visto esas bellas manifestaciones del patriotismo que anima el alma de estas hermosas hijas de la benevolencia, guardad vuestra admiracion para otras mas meritorias. Id á verlas ahora en la mortal epidemia que está diezmando al pueblo, id á verlas, desafiando al contagio, arrojadas á la cabecera de los enfermos en la miserable morada del pobre, donde su abnegacion ha de quedar ignorada: contempladlas allí, y postraos y adoradlas.

JUANA MANUELA GORRITI.

Lima, 1868.

AL VENCEDOR DEL CALLAO.

EL DOS DE MAYO DE 1866.

A tí, excelso guerrero,
Que en entusiasmo santo
Has levantado el vengador acero

Para lavar la afrenta
Que echó sobre la América iracundo
El antiguo señor del nuevo mundo;
A tí, á quien sustenta
En sus hombros la fama
Y, en alas de la gloria,
Su salvador te aclama
Tu patria, al esplendor de la victoria;
A tí, elevo mi canto
En rudo acento y áspera armonía,
Jóven libertador del Media día.

Tú, que desafiando
De execrable poder las crueles iras
Te lanzas, despreciando
Las personales y egoístas miras,
En brazos de la suerte,
A librar á tu patria de su yugo;
Y sin temer la muerte,
En un combate y otro
A tus plantas rendiste á su verdugo:
Tú, á cuya voz potente,
Se alzan los pueblos todos
Del nuevo continente,
Para buscar en la unidad de gloria
El laurel inmortal de la victoria:
Tú, que las huellas sigues
Del héroe colombiano,
Y grande entre los grandes
Tu nombre, como el cóndor peruano,
Vuela sobre la cumbre de los Andes;
Escucha bondadoso
Esta mi tosca rima,
Que hoy se mezcla al aplauso estrepitoso
Con que entre palmas te recibe Lima.

Quiso un día el destino
Entronizar en el peruano suelo
Un torpe despotismo,
Que no contento con alzar el vuelo
De su instinto mezquino,
De ruin codicia y ávido pillaje,
Abrió el fatal abismo
En que extranjero ultraje,
Con la honra del Perú sepultó insano
La honra también del nombre castellano.
Fué ese poder de servidumbre y dolo,
Quien en abril funesto
Permaneciera solo,
Inmóvil en su puesto,
Sin sentir el calor en su mejilla,
Ni levantar el guante
Que un demente marino de Castilla
Nos arrojó altanero,
Sin preveer, delirante,
Que habia de recojerlo un mundo entero.

Fué ese poder de miedo y de perfidia,
Quien el infausto enero,
Sin sucumbir en lidia,
Y sin cruzar su acero,
Con el acero infiel del enemigo,
En pacto ignominioso
Suscribió nuestra afrenta,
Dando el nombre de amigo
Y dinero sin cuenta
Al mismo que en las Chinchas atrevido
Hubo nuestro estandarte escarnecido.

A su traicion inícuca
Se estremeció la patria enfurecida,
Y enseñanza profícua
Hallando en los ejemplos de la historia,
Su mirada atrevida,
Buscó en todos sus hijos,
Al deseoso de hazañas y de gloria,
Que con hechos prolijos,
Vengase su deshonor en la victoria.

Y tú, fuiste el guerrero,
Que respondiendo á su llamada santa,
Desenvainó su acero,
Y hundió bajo su planta
El pacto vergonzoso de ese enero.

Tú levantaste el rayo,
De justicia y venganza
Que airado retumbara el DOS DE MAYO,
Burlando la esperanza
De las potentes naves españolas;
Y nuestro océano quebrantó en sus olas,
Su indómita pujanza;

Tú el que recojiendo
De Bolívar el vasto pensamiento,
A los pueblos de América fundiendo
En una comun gloria
A su alianza le das por fundamento
Una grande y espléndida victoria.
Tú el que á la patria lanzas
De porvenir fecundo en el camino
E imperturbable avanzas
En pos de su magnifico destino.

Tú, que de tu gobierno
Llamas á los consejos
A la fria razon de nuestros viejos
Como el ardiente y tierno
Corazon de juventud escogida
En quien la patria viera
La dicha que le espera
Y que el cielo le tiene prometida.

Tú que días serenos
Haces lucir en nuestro turbio cielo;
De patriotismo llenos
Los hijos de este suelo
Bendicen hoy tu nombre
Y levantan altares
De gratitud y de homenaje al hombre
Que supo con valor y con constancia
Vengar á nuestros lares
Y humillar de la España la arrogancia.

Andes! en vuestra frente,
En ígneos caracteres,
Para siempre, sagrado,
La tempestad ha escrito con su rayo
El nombre brillantísimo de PRADO
Al lado del glorioso DOS DE MAYO.

JOSÉ CASIMIRO ULLOA.

FASTOS LITERARIOS DEL PERU.

(AL SR. DR. D. MANUEL A. FUENTES.)

"EL VERDADERO PERUANO."

EN 15 de Octubre de 1812 apareció en Lima el primer número de "El Verdadero Peruano," eco fiel de la prensa libre. Fué su director el Dr. D. Tomas Flores, antiguo cura de Acobamba: salió á luz el periódico dos semanas después de jurada la constitucion de 1812.

Formaron la redaccion las mas altas inteligencias del país, contándose entre ellas Unanue, Pezet, Ruiz, Larrea y Loredo, Lariva, Hæncke, Valdez y otras notabilidades del partido liberal del Perú.

Se han citado como la mejor prueba del espíritu progresista de esta publicacion las palabras de Devoti, con motivo del retardo de la inauguracion de los Cabildos creados por la nueva Constitucion.

El entusiasta y patriota médico en el nú-

mero 9. correspondiente al 19 de Noviembre de 1812, decia:

"Acelérese el suspirado instante de su cumplimiento, como lo mandan los soberanos decretos y lo han anunciado bandos repetidos. Sea mirado como enemigo de la patria el que piense entorpecerlo ó eludirlo."

Verificadas las elecciones de los Cabildos el mismo año en 9 de Diciembre (fecha notable despues, porque reasume todas las glorias nacionales, cifradas en el triunfo de Ayacucho.) Unanue agregaba las valientes frases que á continuacion copiamos y que mas tarde pudieron creerse proféticas; fueron estas:

"La pluma inflamándose en mis manos, quiere desprenderse y tomar un vuelo exelso al recordar el oriente feliz del día 9 de Diciembre de 1812. Los derechos del ciudadano no renacen en el Perú en este memorable día."

Ruiz cantó á la constitucion en un himno patriótico del que era coro la estrofa en que decia:

"Vuestros justos votos
Estan satisfechos,
De vuestros derechos
Tranquilos gozad."

Valdez el médico estudioso, el latino insigne y el poeta de los salmos, con entonacion digna de su nimen, consagró también una hermosa oda á la constitucion, trabajo poético bastante conocido de los amantes de la literatura nacional.

"El verdadero Peruano" terminó su publicacion en 26 de Agosto de 1813 dejando en su rápida carrera un rayo de luz que iluminó en el campo literario.

Los sabios redactores de esa revista no consiguieron que cumpliera el primer año de existencia: murió como los demas periódicos de esa época; ejecutado por un colérico fiscal.

El Director de la publicacion Dr. Flores compuso el epitafio; decia:

"Nuestro Verdadero Peruano concluye hoy intempestivamente su curso, un mes antes del año obligatorio, pero qué mucho, cuando en este mismo mes y día de la semana, ahora mas de 19 años se le pronuncio por el Dr. D. Demetrio Guasque, bajo el seudonimo de Omantino la oracion fúnebre histórico panegírica al difunto Mercurio Peruano, la envidia, y admiracion de los extranjeros."

Precisa advertir que aun cuando efectivamente el 26 de Agosto de 1794 escribió el Dr. Guasque (Omantino) la oracion fúnebre de "El Mercurio Peruano," con el número que cierra el tomo 11,º el periódico no murió entonces pues el padre Geronimo (Diego de Cisneros) siguió publicándolo á sus espensa hasta completar el tomo 12º con que finaliza la coleccion que existe integra en la Biblioteca Nacional.

ACISCLO VILLARÁN.

Lima, Abril 30 de 1875.

DOS DE MAYO.

La patria en su letargo recorria
Somnolienta su gloria conquistada;
¡Mucho fui, se decia, y hoy soy nada!
Y el rostro con vergüenza se cubria.

Súbito se levanta un hombre osado,
En cuyo pecho brota el patriotismo;
¡Somos libres! clamó y al tiempo mismo
Levantóse el Perú, como un soldado:

Ese hombre, que en sus páginas la historia
Sabrá de San Martín poner al lado,
Ese hombre, ese campeón, ese héroe es Prado...
¡Gloria para él! para sus hijos gloria!

La España altiva, en su delirio godo,
Pensó humillar los patrios pabellones,
Y esa patria de Cid, hoy sus pendones
Manchados deja en infamante lodo.

Le tendimos la mano, demostrando
La lealtad de que hacen tanto alarde;
La estrecharon, como ánimo cobarde,
Sus inobles designios ocultando.

Y después como viles procedieron,
Como traidores, sí, nos asaltaron;
Y á la Europa y al mundo demostraron
Que esos jamás nuestros abuelos fueron!

Brote bastardo, en corrupcion sumido,
Fanfarrones sin fé, del castellano
Honor ¿qué hicisteis? vuestra torpe mano
Lo há para siempre en el fangal hundido.

Pensasteis que virtudes no tenían
Ni valor, ni entusiasmo, ni entereza,
Esos que en vuestra pérvida torpeza
El baldon de cobardes merecían.

Mas vuestro ataque levantó el desmayo;
Niños, mugeres, hombres y aun ancianos
Al mundo han hecho ver, que los peruanos
De Ayacucho, lo han sido el dos de Mayo.

Ellos muestran que no han degenerado
Como vosotros, nécios fanfarrones,
Y á la raza servil de los Borbones
Contestan con el nombre del gran Prado.

Descansa, patria amada, en el renombre
Que hoy cobijado se halla por la gloria;
Que á los que vengan, la imparcial historia
Dirá: el Perú fué digno de su nombre.

JOSÉ TORIBIO MANSILLA.

LA VIEJA VERDE.

AQUI, Muerte!
Así llamaba á su pantera el domador
de fieras del "Judío Errante."

Así llamamos nosotros á la vieja verde, á
esa vejetacion que ha salido en la nariz de
la pobre humanidad, vejetacion persistente,
imposible de podar; y sobre todo, imposi-
ble de extirpar.

Observadla bien. Se llama Doña Cin-
cuentona. Y á fé que bien merece ese nom-
bre, pues ya peina el medio siglo. Figurá-
osla flaca, ó gorda, como se os antoje. De
todas maneras tendria un tipo digno de es-
tudio, y digno tambien de ser colocado en
la fiesta del ridículo. Con todo y sus cin-
cuenta, no se dá. Cabeza hueca desde su
juventud, á pesar de que ya se le ven los
años en las arrugas, tiene empeño en creer,
y en hacer creer que todavía está en los
quince.

Mas pretenciosa que lo son algunas feas,
y cuidado si hay feas pretenciosas, se adorna
y se emperejila, como si fuera una polla;
y á fuerza de cosméticos ó de otra untura,

(que mal huele esta palabra!) y para hacer
desaparecer de su rostro las huellas de la
edad. Como á muchas personas les suce-
de, cuando contó ocho lustros, le comenza-
ron á crecer las cejas de una manera asom-
brosa, tanto, que llegaron á parecer sendos
bigotes. Ella acudió á remediar ese adefecio
con unas tijeras, y sus cejas se han queda-
do de un tamaño regular; porque cada cier-
to número de dias se las corta, bien enten-
dido.

Perdió la dentadura y se la puso postiza,
no para poder comer bien, ni para que no
la dañara la falta de masticacion, sino para
no presentar su boca desierta á las miradas
de la multitud. Sin medir la distancia que
hay entre la frescura y la podredumbre es
la primera en entrar en cada moda. Da risa
ver la la montaña de cabellos negros postizos,
que se encasqueta sobre sus cabellos
teñidos, y el enorme puff que ostenta, y que
sacude y compone al pararse de un aciento
con todo el garbo y con todo el donaire que
le está bien á una chiquilla, pero que pro-
voca á lo mas una burlesca careajada cuan-
do se ve una vieja.

Si es flaca, que gasto del algodón! Si es
gorda, que sudar el de las criadas para con-
vertir en esbelta aquella mole! Figuráosla
mirándose al espejo; rípiando sus arrugas
con albayalde y con el colorete; esforzán-
dose en dejar tersas las aspiraciones de aque-
lla cara, maltratada por los inviernos que
la han azotado; empomadándose el cabello
para que cobre lustre, la boca para que pa-
rezca suave; estirándose las puntas del cue-
llo; haciéndose nimiamente el lazo de la
corbata; poniendo sus cinco sentidos, si es
que los tiene, en quedar bien entallada;
adornándose con listones y con flores el pei-
nado; andando por el cuarto con el rostro
vuelto hácia atrás para verse el puff y la
cola, perfumando su pañuelo; y al cabo, en-
sayando en frente de su espejo sus miradas,
sus movimientos, sus dengues, todo con el
fin y objeto de hacerse agradable, de pare-
cer seductora como una jovecita! Vamos!

Concluyó su *toilette*. Ya está en su estrado.
Va á recibir la visita. Espera, y espera con
inquietud. Dios mío! Cuanta áncia porque
lleguen para que la admiren! Suena la cam-
panilla. Por fin! Su corazón late. Hasta se
siente mal. Pero en medio de su turbacion,
cambia de táctica. Ya no espera sentada
porque allí no se nota la gallardía de su
cuerpo. Así es, que ántes que llegue la visita
á la puerta de la sala ella huye y se mete á
la segunda pieza, á dar tiempo de que ese
señor se siente. La criada le avisa que la
esperan, y ella hace decir á la visita que se
sirva disimularla un instante porque está
algo ocupada. Todo con el objeto de causar
alguna impaciencia á la visita, de darse á
desear; y naturalmente, de sorprenderla
agradablemente con su inesperada presencia.

Por fin, se presenta; y según ella, con el
andar de una reina joven. Llega al estrado
y se sienta con gracia, levantando la falda
de su vestido con los dedos índice y pulgar
de las dos manos. Aquí sufre el primer de-
sengaño. La visita no se sorprende al ver
su galanura, sino de la audacia de sus pre-
tensiones; pero como su sorpresa no puede
ser del gusto de la señora, manifiesta una
impasibilidad que hiela la sangre de la vie-
ja.

La vieja no se declara vencida, y después
del consabido—¿Cómo le va usted?—que
le dirige su visitante, ella inclina suavemen-
te la cabeza hácia el lado en que se encu-
entra el interlocutor, sonríe de una manera
que da berrinche, y cargando mucho el acen-
to en la u, y silbando á las que sigue á aque-
lla, responde.

—Bien y á usted?

Y se queda muy satisfecha, de haber rea-
lizado el ideal de la gracia y de la seducción,
mientras que la visita dice para sus adentros:
—Vaya una vieja presuntuosa y ridícula...

Después de hablar del tiempo, de otra
conversacion tan trivial como esa, creereis
que va á hablaros de algo serio. *Verbi gratia*,
de la mision santa de la mujer. Os engañais.
Aquella estantigua, que por mas que el es-
pejo se lo dice no quiere ver su vejez, se po-
ne á discurrir sobre cosas que solo estan
bien en los labios de las mujeres jóvenes.
Habla de la ultima moda; del corte de tal
corpino, del tamaño de la falda, de lo abul-
tado que debe estar el puff, del color de
los adornos, de la forma de los alanos, de
los tacones, del corte del abrigo, del color
de los botines para ir á un baile, para ir en
coche; de si la manga del vestido debe for-
mar puño ó campana, de si ha de ir adorna-
da con encajes; de si en el peinado quedá
bien tal lazo; de si el escote debe ser mas
alto ó mas bajo; de si con tales mangas se
luce el brazo mejor que con tales otras;
de si tales pomadas hacen mas bien al cabe-
llo que tales aceites; de si tales ecencias son
mas agrdables que tales aguas; de si
en fin, de todo lo que el tocador, guardaro-
pa, figurines de todo eso habla aquel
figuron, creyendo á piés juntillos que es-
tá dando un buen rato á su visita, cuando
en verdad la está llenando de fastidio.

Si la hallais en una concurrencia, la vereis
mas peripuesta que á las jóvenes. Parece
que su instinto la revela que no puede llamar
la atencion sino á *tours de force* de compostu-
ra y se carga de reliquias como el asno de
la fábula. Nada mas que este conseguia, que
reverenciara á las reliquias, mientras la que
vieja verde solo consigue que se mofen de
sus adornos. En esos grandes dias en que
tiene que asistir á alguna tertulia, se pone,
como luego dicen, desde la custodia hasta
la mano del almiraz.

Se presenta en la reunion con todo el gar-
bo de los quince que cree todavía cuenta, y
se figura que va á ser allí la diosa á quien
todos van á adorar. Si solo fuera eso, pase;
pero es el caso que no solo se lo figura; si-
no que quiere que los demas comprendan,
y la saquen á bailar, y que la persigan como
á una polla.

Y son de ver entonces los guiños, las son-
risas, los dengues, las miradas, las exposi-
ciones de piés como al descuido; y son de
oirse las inflexiones casi infantiles con que
dirige un saludo ó una respuesta, los suspi-
ros llenos de afectacion; y son de verse las
posturas académicas que toma, para que la
crean una hada al mismo tiempo que una
gran señora; y es de verse la ansiedad con
que, á la hora de la mesa, mira en su rede-
dor, para ver si hay alguien que la ofresca
el brazo para conducirla, y la obsequien en
el comedor; y son de verse, en fin, su despe-
cho, al convenserse de que no hay uno tan

audaz que se atreva á sacarla á bailar, y su rabia al mirar que la dejan sentada en vez de llevarla á la mesa, hasta que el dueño ó la dueña de la casa, por piedad, por compacion, por lastima, ó mejor, por educacion, la acompañan al comedor.

Una vez satisfecho su apetito se siente como rejuvenecida; y como ella se siente así, cree que los demas miran que su cara ha recobrado el brillo de la juventud; y renacen sus desordenados deseos de dar golpe, y sus esperanzas de bailar.

Y se presenta en la sala muy risueña, regando campos de luz, regando amores; luz y amores que se quedan en el suelo, porque no hay nadie que se atreva á recojerlos. Pero ella persiste en sus caprichosas ilusiones. Y llega á conformarse hasta con la humillante esperanza de que, cuando las niñas se hayan retirado los hombres se resignarán á bailar con las viejas. Qué ganga! Y ella que se muere por la danza habanera! Pero se van unas niñas, y se marchan otras, y se retiran otras, y tambien se van los hombres, y se queda ella; y los dueños de la casa, apagando las bujias, le indican que ya es hora de tomar el portante.

Entonces, furiosa desesperada llevándose la de colera todos los diablos se retira á su casa, se desnuda, y se mete en la cama, en donde el demonio de la ira no la deja dormir.

Al otro dia se levanta, se acicala, se afeita, se viste, y va á visitar á alguna de sus amigas, con el único objeto de contarle que estuvo en el baile, componiendo la mayor parte de su relacion, de mentiras de murmuraciones, y hasta de calumnias.

—¡Ay, mi alma, qué cansada estoy!

—¿Por qué, Chulita?

La conversacion es entre dos viejas verdes.

—Porque sí, mi alma, porque sí. Figúrese usted que he bailado toda la noche.

—En dónde?

—En casa de mi amiga H. Oh! Y si usted hubiera visto que concurrencia! Cuanta gente, valgame Dios! Cuánta gente! Figúrese U. Tres salas para bailar. Nada mas que habia mas señoras, que hombres, elegantes que muchas de ellas se quedaban sentadas. Y qué muchachas tan lindas! Y tan elegantes! Si aquello era un cielo! La sala estaba magníficamente iluminada y soberbiamente adornada! Qué espejos! Como mares! Qué sillones! Qué alfombras! De brocate! encarnado, purita seda! Qué alfombras! De Paris legitimas. Tan blandas, tan mullidas, que se encajaban los pies al andar! Qué música! La mejor de aquí! y los floreros, de porcelana de Paris legitima! Y con aquel piano de Estoneuai Vamos! Si la digo á usted que en ninguna parte se ha dado un baile tan bueno, tan aristocrático!

La otra vieja llena de envidia, le interrumpe y le endereza este alfilerazo:

—Pero, como habiendo, como usted dice, tanta muchacha, y mas mujeres que hombres, fué que usted bailó tanto!

—Ay, Chulita! Sino todas las muchachas saben bailar. Andan, arrastrando los pies pero no bailan. Yo si sé, que para eso que me enseñaron por principios. Mr. Chassé fué mi maestro, y me enseñó á bailar el zorcico, la bamba, el bolero . . . y la cachucha, y el

minuet . . . y luego, como ya yo sabia desde los rudimentos, aprendí con felicidad á bailar la polca de punta y talon. No, no todas las muchachas saben bailar, y á los hombres les agrada llevar por compañera, no á una papa natas, sino á una que se mueva. Y si nó, recuerde usted que las ha visto. Qué danza habanera! Si se van durmiendo! No tienen esa gracia como diriamos, ó ese chicle como se dice ahora. Usted dirá. Si se pusieran á bailar lanzeros, que mal lo harian! Y yo siempre los he bailado bien. Porque, Chulita, para todo se necesita expedicion. Las danzas habaneras yo las sé bailar, con mucho deajo, no con esa pereza con que las andan las muchachas.

—Con qué bailó usted mucho? dice la interlocutora con una sonrisita picante.

—Hasta cansarme! Jesus! Si tengo los pies mas hinchados!

—Y habia bonitas muchacha en la concurrencia?

—Como unas imágenes ¡Jesus! como unas imágenes! Nada mas que aquí para entre nos, muchas de ellas no estaban bien vestidas. Tenian defectos . . . habia algunas muy ridículas.

—Sí?

La vieja verde que se acuerda de todos los desengaños que recibió en el baile, suelta la lengua para vengarse, y hace trizas, no solamente á las personas, no solamente los trajes, sino tambien la reputacion de las jóvenes, que no han cometido mas delito que el de tener menos años que su detractora.

Despues de haber raído, destrozado los trajes y las fisonomias, y despues de haber calumniados los créditos, la vieja verde sale de aquella casa, y va á otra, y charla lo mismo. Todo para hacer creer que aun llama la atencion en una concurrencia, y para vengarse del desden de que fué objeto, por sus necios deseos y por sus absurdas pretensiones.

Y cuando acabamos de decir, no es mas que el lado menos repugnante de esa tradicion semiseccular en forma humana. Si la volvemos por otra parte, hallamos en ella hechos, que dejando de ser ridículos, pasan á ser repugnantes. Vieja verde hay que se casa con un muchacho que puede ser su biznieto, cuyo muchacho se fastidia de ella á los ocho dias, y le dá cada tranquiza que la hace sudar sangre. Vieja verde hay, que cuando menos se espera llama la atencion sobre sí, y sobre un vástago mal habido. Vieja verde hay, que recibiendo de su esposo todas las consideraciones y todos los respetos, coquetea y hace mas, poniendo en berlina al pobre del marido.

Vieja verde hay, que suda y se acongoja porque no la galantean; y que si llega á encontrar un hombre bastante estúpido que la requiebre, juega con el al alza y baja, ni mas ni menos, que si fuera una pollita. Vieja verde hay, que tiene citas de amores en la calle, y con un desaire que causa maravilla. Vieja verde hay, que se la echa de tímida y de pacata, y que no hace nada sino con misterios, jugando al escondrijo. Vieja verde hay que si es rica, compra á un hombre cualquiera, el primero que pasa, para marido; y

despues de que le atrapó, le pega el solemne chasco, y muy merecido de no dejarle manejar los tomines, señalándole, como á un cochero, un miserable sueldo para que cubra sus necesidades personales. De suerte que el tal marido como el último fámulo, tiene en casa de su mujer, cama, comida, vela y racion. Vieja verde hay que . . .

Es interminable el catálogo que se puede formar de las especies de esa plaga!

Presumida, murmuradora, maldiciente, calumniadora . . . todos los malos instintos, todas las malas cualidades se funden en la vieja verde.

Vade retro!

RUY BLAS.

REHABILITACION DE LA HORMIGA.

Una Cigarra, en la estacion mas ruda,
Trás sus dias de sol y de algazara,
Pidió á la sóbria Hormiga le prestara
En su granero hospitalaria ayuda.

Venid—dijo la Hormiga—estais desnuda!
Mal me conoce el que me pinta avara,
Cuando mi techo el infortunio ampara
Y el ajeno dolor no me halla muda.

Comed, cantad. En el invierno frio
Las horas pasan como triste duelo
Y en mi opulenta soledad me hastió.

Mas si me hacen reir vuestras canciones,
Soñar placer ó recordar el cielo,
Con noble usura pagareis mis dones.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

Paris. Marzo 12 de 1875.

UN LIBRO.

Á MI HERMANO FRANCISCO JAVIER.

Quisiera darte un libro, en que aprendieras
No tan solo á leer,
Sino tambien á conducir tus pasos
Por la senda del bien.

Un libro que en sus páginas sagradas
Te enseñara, á la vez,
Los deberes recíprocos del hombre
Y el mundo á conocer.

Un libro que tu espíritu inundara
Con la luz del Eden,
Y al corazon te hablara en el idioma
Del amigo mas fiel;

Que te diera consejos saludables,
Que alentara tu fé,
Y te hiciera un retrato verdadero
De lo que es la mujer . . .

Pero ese libro que quisiera darte,
Jamás lo encontraré,
Porque no son, hermano de mi alma,
Sus hojas de papel.

Es libro que con lágrimas escribe,
Cada uno en la vejez,
Y que repasa al borde de la tumba
Sin poderlo leer!

A. DE LA E. DELGADO.

DOS DE MAYO.

CORNELIO BORDA.

Surca las ondas de la mar serena,
La flota que ostentando su arrogancia
Combate con intrépida constancia,
Y Borda, "¡fuego!" al apuntar, ordena.

El estampido del cañon atruena,
Retrocede ofendida la "Numancia"
Y ¡hurra al Perú! se escucha á la distancia.
¡De un acto de valor sublime escena!

Ilustra con su nombre nuestra historia
Y al templo que la Fama tiene abierto
Sube, feliz, en alas de la gloria.

El héroe que luchaba con acierto
Legándonos espléndida Victoria
Para vivir eternamente ha muerto!

ACISCLO VILLARÁN.

CONTESTACION

AL JOVEN POETA COLOMBIANO

D. NICOLAS GONZALEZ.

Vale más tarde que nunca,
Dice un refran castellano,
Y yo á ese dicho me atengo
Para escribir este canto.

Que no es canto, cantinela
Ni cantina que digamos,
Sino un puñado de versos,
Aunque pocos, pero malos.

Con ellos, agradecida,
Tus lindas estrofas pago,
Dándote, como es debido,
Excusas por el retardo.

Que hoy apenas me doy tiempo
Para escribir un *Mosaico*,
Cuidar mis pobres macetas
Y repasar el piano.

Cuando por momentos dejo
De hacer los hilvanes largos,
En la ropa de familia,
O de acicalar mi cuarto.

Contesto, pues, á tus versos
Y te agradezco el regalo,
Que conservar te prometo
Con exquisito cuidado.

Pues de un hijo predilecto
De las ninfas del Parnaso,
Poco no vale un recuerdo,
Que para mí es un hallazgo.

Mas tambien quiero que lleves
A tu suelo colombiano,
Cuando del Rímac te ausentes
En ondas del mar salado,

Una agradable memoria,
Que sirva todos tus años,
De la pobre poetisa
A quien tus versos honraron,

Y que del viento en las alas
Que el éter viene rasgando,
Llegue hasta mí la armonía,
De tus dulcísimos cantos.

ADRIANA BUENDIA.



Después de algunas semanas, vuelvo á saludar á las bellas lectoras de "La Alborada," ofreciéndolas este pobre mosaico, que no vá en verso ni tiene el aliciente de un buen estilo. Alguien ha criticado la manera como escribo, estableciendo á la vez comparaciones, y creo que esto me dá derecho para hacer la prevencion de que jamás he tenido pretensiones de ser maestra en una profesion que para mí solo ha sido objeto de útil entretenimiento.

Mosaico es este, y no parecerá extraño que tenga de todo un poco. Pero, dando de mano á cuestiones de índole nada halagüeña para personas que se estiman, pasaré á hablar de otra cosa, prestando mis labios á una sonrisa involuntaria.

* *

Los *Lilas* triunfaron. Si, señor, y los *Rosados* perdieron. Alegria para los unos y pesar para los otros. La victoria no ha sido en esta vez una quimera color de *rosa*, sino un hecho real y verdadero que ha pasado en presencia de todos, como una alegre mañana cuya rubia cabellera cubren hermosas *lilas* primaverales.

Los *Lilas* han triunfado; es decir los apuestos jóvenes del club llamados los *Lilas* que han ganado una espléndida regata á los del club *Rosados*, en las aguas de Chorrillos.

Los *Lilas* han ganado una copa de plata, han conquistado innumerables aplausos; y lo que es mas grande y notable todavia, quieren cada dia mas entrañablemente á sus amigos los *Rosados*. Todos son caballeros. La cuestion es de regatas y de nombre del color de los vestidos.

* *

Un baile en el rancho del General Pezet, terminó la funcion de Regatas en Chorrillos, Todo era espléndido en ese suntuoso palacio. Los *Lilas* y los *Rosados* se confundian en las veloces vueltas de un vals. Luces que se reproducian en el cristal de riquísimos espejos, cortinas de tul que se desplegaban al soplo de las brisas marinas, flores, perfumes, armonias de una música sublime, delicioso *champagne*, refrescos servidos por el sin rival Capella, danza, buen humor y repetidos brindis por los *Lilas* y los *Rosados* ¿para qué mas?

Si hubo quejas, reconvenciones, celos, miradas tiernas ó declaraciones de amor, no seré yo quien diga nada de lo que cada cual debe saber.

* *

La reina de Inglaterra escribió un último libro que produjo mas de once mil libras es-

terlinas, que fueron entregadas á la Universidad de Alberdeen, para sufragar gastos de los estudiantes pobres de Balmoral. La misma augusta señora, con las economias de su tocador, despues de la muerte de su esposo el príncipe Alberto, reunió trece millones que fueron destinados á la fundacion de un Hospicio. Hoy, esa misma piadosa reina que ha sido la encarnacion mas noble de la esposa y de la mas tierna y cariñosa de las madres; esa misma reina Victoria, vá á publicar una nueva obra, en la que trata de la familia, del matrimonio, de las criaturas y de los sentimientos mas nobles de la vida íntima en sus diversas fases morales.

Dícese, y es de creerse, que el producto de la nueva obra será destinado por su augusta autora á la realizacion de un gran proyecto en beneficio de la pobre humanidad.

¡Cuán dignamente sabe ser reina la reina que posee un corazon tan grande!

* *

Ha llegado á mis manos un periódico titulado "El Obrero," que aunque de pequeñas dimensiones, su impresion es clara, limpia, correcta y tiene todas las demas condiciones de una elegante tipografía. Los artículos del *Obrero* son valientes, como inspirados por un sentimiento liberal, que se ha retemplado, en el trabajo; son progresistas, por que tienden á propagar los medios del adelanto físico y moral de las clases obreras; y son altamente morales, por que se proponen como objeto principal, desterrar el ocio y llamar al trabajo á los hombres, no con vanas teorías sino con el ejemplo.

Pues bien; los redactores de ese periódico; ¿sabeis quienes son?—jóvenes tipógrafos de Lima, que validos de sus propios esfuerzos se han propuesto llenar la mas augusta mision de los hombres.

Salud á los verdaderos obreros de la civilizacion!

* *

Para conmemorar el CCLIX aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, la Real Academia Sevillana de bellas letras, ademas de la festividad religiosa que proyecta celebrar, auxiliada generosamente por aquel municipio, resolvió abrir un certámen poético, en el que se concederá un premio á las composiciones que se distinguen sobre los siguientes temas: 1.º Un episodio histórico de la vida del príncipe de los ingenios españoles; 2.º un asunto tomado de la historia ó de las tradiciones de Sevilla, que no haya sido aun objeto de composiciones premiadas ó leídas en otros certámenes análogos.

Los certámenes literarios son un verdadero estímulo; y un seguro medio de llegar al perfeccionamiento, si en ellos campea la buena fé y el favoritismo es mirado como una profanacion.

Haya entre nosotros certámenes literarios; pero háyalos como la justicia y el honor nacional lo requieren. Esa es una gloria peruana que espero ver realizada muy pronto, en los salones del Club Literario de Lima.

ADRIANA BUENDIA.

Lima Abril 30 de 1875.

LA PARTIDA.

(CANCION EN EL MAR)

I.

Allá, muy lejos, tras esas brumas
Que el ojo apenas percibe yá;
Donde no llegan estas espumas
Que el peregrino cruzando vá;
Hay una Virgen de negros ojos
De pura frente, de lábios rojos
Que amargas lágrimas
Por mi partida vertiendo está.
*No llores, no, vida mía,
Que no está lejos el día
En que constante á tus brazos
El ausente volverá!*

II.

Tú mis suspiros llévale ¡oh viento!
Dile que jimo como ella, acá,
Y que recojo su grato acento
En los murmullos del manso mar;
Que á su recuerdo, si triste lloro,
Si de los cielos piedad imploro,
Mi lábio trémulo
Su nombre solo sabe expresar!
*No llores, no, vida mía,
Que no está lejos el día
En que á tu caro regazo
El que parte volverá!*

III

Así lo quiere, de mi destino
La opaca estrella, que lucirá
Cuando á tus brazos el peregrino
Sobre estas ondas vuelva á surcar.
Guarda tu pecho firme esperanza,
El que clemente yace en bonanza;
Seca tus lágrimas
Y pide al cielo conformidad!
*No llores, no, vida mía,
Que se acerca el claro día
En que unidos para siempre
No te dejaré jamás!*

Febrero 1875.

LUIS DEL LAGO.

Soluciones á la Charada no . 27.

Si es varon se encuentra *cara*,
Y tambien en la mujer;
Me parece ser lo único
Que se deja comprender.

Siendo un feisimo apodo,
Caco, que en realidad lo es,
Debe tenerse presente
Que es una ridiculez.

Al fabricar una casa
Y no tener credencial,
Siquiera no faltará
Al arquitecto la *cal*.

A las elegantes damas
Viéndolas bien afeitadas,
Se las califica bien
Bajó *cora* á las muy raras.

En los bellísimos campos
Regados con altivez
No dejan, pues, de encontrarse
De *coles* siquiera tres.

En la sierra hay que vivir
Por ser la gente feliz
Pues con la *coca* se goza
Hasta el indio en aquel país.

Y en resumen, pues, diré
Al resolver la "Charada"
Que *caracoles* son nada
Si lo pensamos muy bien.

MARIA ELISA RIVERO.

Mi primera y mi segunda
En varon y en hembra se hallan, *cara*
Mi primera con mi tercera
Son un apodo que infama, *caco*
Sin mi primera y mi final
No se concluye una casa, *cal*
Y mi terciá y mi segunda
Dan nombre á una linda dama, *Cora*
En los cultivados campos
Están mi terciá y cuarta *coles*
Mi terciá con mi primera
En la sierra es muy usada *coca*
Y abunda mucho mi todo
Del ancho mar en las playas, *caracoles*.

F. N. RIVERO.

Cargada de dos mil soles
Caminaba por la playa
Tropesé con *caracoles*
Y descifré la charada.

MARIA ROSA ANGULO.

La charada de Etelvina
Tiene los siete *bemoles*;
Y si alguno la adivina,
¡Que me emplumen! ¡*caracoles!*

AMELIA DEL RIO.

Mi primera y mi segunda—*Cara*.
Mi prima con mi terciá—*Caco*.
Mi prima y mi final—*Cales*.
Mi terciá y mi segunda—*Cora*.
Mi terciá con mi primera—*Coca*.
Mi terciá y mi cuarta—*Coles*.
Y mi todo... *Caracoles*.

I. DELFINA D'UGARD.

CARACOLES.

CORINA MENDEZ.

Pasé en la noche un momento,
Descifrando la charada;
Por fin conseguí mi intento,
¡*Caracoles!* es el todo dije admirada.

A. M. ZAVALAGA.

De Cristo la gran pasion
Por su resultado *encontré*
Y esta charada levanté,
Pues nos diste el corazon
Que de ella la solucion
He de ver *Semana Santa*.

MARIA N. HERRERA. E. N. HERRERA.

Pacasmayo Abril 13 1875.

Sobre leal con mi adorada,
Y sus oídos tan castos
No oírán de mi lengua arpada,
Sino de miel perfumada
Dulces palabras. ¡*Canastos!*
A fé de mortal poeta,
Que gastaré muchos soles;

Pero darle, hecho un limeta,
La llave de la gabeta...
Antes morir. ¡*CARACOLES!*

HÉRCULES.

Lima Abril 17 de 1875.

En tu 1.ª y 3.ª
Hallé luego el rio Sena
Y en tú 1.ª y 5.ª
Seta al momento encontré,
Que es alimento bien sé
Pero aqui no es conocido,
Sé que es pavezá y que es cerda
Por ejemplo del Cochino:
De tú 2.ª y 5.ª
Deduzco que es una mata,
En tu 4.ª sin tardanza
Hallé el adjetivo San
Y en tu 5.ª y 4.ª ví
Que perito es el que tasa;
Tu 3.ª y 5.ª es mata
Y por fin amable autora
Le dire sin alabanza
Que el todo de su charada
No es mas, que Semana Santa

SOFIA HURTADO.

Me gustan bella Etelvina
Buenas *caras*, frescas *coles*
Pero por hoy me alucina
Ver quien primera adivina
Tu charada, *Caracoles*

ELOISA PLASENCIA.

Doña Jerundia Gonzales
Fue una ves á *Caracoles*
Hizo cincuenta tamales
Y no saco ni dos Soles.

OCTAVIO.

Soluciones á la charada del No. 28

Por mandar pronto
La solucion "*Coqueta*"
No he tenido tiempo
Para hacer una cuarteta.

CORINA MENDEZ.

Estando donde Enriqueta
Me entregaron "*La Alborada*"
Y descifré la charada
Llamándola la *Coqueta*.

F. N. RIVERO.

Lima, Abril 24 de 1875.

PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á
LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su
direccion, calle de Ortiz N. 89, altos, de-
partamento de la izquierda.

El buzón para recibir los originales des-
tinados á la publicacion de este semanario,
se cerrará el miércoles en la noche, de cada
semana, para el número que debe salir
en ella.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho. N.º 128 y 130.